

cuanto supo tal nueva, que le fué confirmada por carta de París, meditó sobre ella una noche entera; y al día siguiente estaba ya ideado el telescopio, que tomó su nombre. Este instrumento, que pronto se perfeccionó hasta el punto de aumentar mil veces la superficie, produjo en Venecia una sensación estrepitosa y un entusiasmo general: el Senado decretó que Galileo conservase la cátedra por toda su vida, con el sueldo de 1,000 florines. El telescopio inventado en Holanda, apenas consiguió aumentar cinco veces el diámetro del objeto; en 1637 aun no se sabían construir allí lentes propios para observar los satélites de Júpiter, tan fáciles de verse; hecho que manifiesta el derecho incontestable de Galileo á la invención del telescopio.

Galileo había construido su primer telescopio en mayo de 1609; y al cabo de diez meses publicó su invención, fecunda en los más excelentes descubrimientos astronómicos. Dirigiendo enseguida su telescopio hácia la luna observó montañas, más altas que las de la tierra, cavidades y escabrosidades. Estas primeras observaciones de Galileo fueron censuradas por varios profesores y por los jesuitas, que no las entendían, y que con la oposición obligaron al grande astrónomo á renovarlas y continuarlas. Cerca de treinta años fué la luna para él un campo de notables descubrimientos, entre los cuales merece mencionarse sobre todo la especie de movimiento oscilatorio, que los astrónomos llaman *libración*.

Al publicar sus primeras observaciones respecto de la luna, Galileo añadió otros descubrimientos de mayor interés. Habiendo reconocido que la *via lactea* es un cúmulo de estrellas pequeñas, y que los lentes no aumentan las fijas, descubrió el 7 de enero de 1610 tres satélites de Júpiter; y seis días después, el cuarto. Poco después determinó sus órbitas y los tiempos del movimiento circular é hizo aplicación de los eclipses á fin de encontrar sus longitudes, problema de suma importancia para la náutica y cuya solución buscaban los sabios. Aunque Galileo tenía motivos de queja del gran duque, quiso inmortalizar una familia, á quien debía bien poco, dando á los satélites de Júpiter el nombre de *astros mediceos*. Publicada la obra que contenía observaciones tan interesantes é inesperadas, Galileo se ocupó en estudiar lo concerniente al planeta Saturno; pero la imperfección de su telescopio, que no agrandaba lo suficiente y no le permitía distinguir la forma del anillo, le hizo creer que las dos partes de él que veía como una proyección sobre el cuerpo del planeta, eran adherentes, y por lo tanto consideró á este astro tricorpóreo.

A pesar de la protección de amigos tan adictos como Sagredo y Sarpi, Galileo cometió el error irreparable de volver á Toscana, adonde le atraían sin duda el deseo de volver á su patria y las instancias de los Médicis. El 10 de julio de 1610 fué nombrado primer matemático y filósofo del gran duque, con menos sueldo que en Pádua. Esta resolución de Galileo disgustó á los venecianos y sobre todo á los amigos que abandonaba. Sagredo le escribió manifestándole el disgusto que le causaba su partida, y haciéndole conocer los peligros que iba á correr lejos de un país libre.

Galileo volvió á Florencia á mediados de setiembre de 1610, y se entregó de nuevo á sus meditaciones con tal empeño, que al cabo de algunos días había descubierto las fases de Venus, dándolas á conocer á los astrónomos bajo el velo de un anagrama. Poco después anunció cambios notables en el diámetro aparente y en el brillo de Marte. En Pádua había descubierto ya las manchas del sol, haciéndoselas observar á Sarpi y á otros sabios; prosiguió en Toscana dichas observaciones, y durante su residencia en Roma en la primavera de 1611 las mostró á gran número de personas y á muchos cardenales, deseosos de conocer esta novedad del cielo, que los peripatéticos se obstinaban en presentar como incorruptible.

El estupor general que causaron estos descubrimientos y la sensación que produjeron en Roma las disputas originadas sobre la inmovilidad de la tierra, que Galileo no admitía, suscitaron la atención de algunos eclesiásticos de influencia. El cardenal Belarmino se dirigió á cuatro jesuitas, que contaban en sus filas al astrónomo Clavio, para averiguar su dictámen respecto de tales descubrimientos. La respuesta de tales jesuitas, que fué dada al público, manifiesta que entonces no se desechaban las nuevas observaciones. Galileo volvió pronto á Toscana cubierto de gloria. Dejaba en Roma amigos y admiradores; pero también dejó allí envidiosos enemigos y una sospecha sorda y oculta, que debía poco á poco ensancharse y convertirse finalmente en abierta persecución.

Probablemente Galileo después de su vuelta de Roma inventó el microscopio. Este instrumento cuyo mérito por testimonios algo posteriores, se atribuyó á Juan Zacarias y Juan de Magdeburgo, y que Drebell vió en 1610 en Inglaterra como cosa nueva, había sido construido á lo menos siete años antes por Galileo. Viviani escribió que había enviado en 1612 uno al rey de Polonia. Esta fecha se puso en duda; pero varias obras publicadas en dicho año prueban que el microscopio era conocido en Italia, de consiguiente la primacía no puede disputarse á Galileo. Parece, sin embargo, que hasta el año 1624 no se perfeccionó este instrumento, y le dió la forma que conservó por mucho tiempo.

Los peripatéticos pretendían que la figura de un cuerpo sumergido en un líquido influía principalmente en su facultad de sobrenadar. Galileo sostuvo lo contrario, y esta discusión dió origen al *Discurso sobre los cuerpos que sobrenadan ó se mueven en el agua*. Lagrange ha declarado que Galileo en esta obra había deducido del principio de las celeridades virtuales los principales teoremas de

la hidrostática. En la obra sobre los cuerpos flotantes había mencionado ya su descubrimiento de las manchas solares, deduciendo de ellas la rotación de este astro al rededor de su eje, y había dado á conocer las fases de Venus y el tiempo en que los satélites de Júpiter recorren las órbitas en torno de este planeta. Pero habiendo el jesuita Scheiner circulado tres cartas, en las que se atribuía el descubrimiento de las referidas manchas, Galileo remitió á la Academia de los Linceos su *Storia delle macchie solari*, que retardada por los censores, no apareció hasta principios de 1613. En el prólogo los Linceos reclamaban la prioridad en favor de Galileo, el cual, según decían, había mostrado aquellas manchas en Roma á muchas personas.

Galileo no podía avanzar con tal rapidez en el camino de la verdad, sin exponerse á graves peligros. Quedando mal parados en las discusiones científicas, los peripatéticos recurrieron á los argumentos de la religión. Se ha dicho que Galileo había adoptado hacia algún tiempo la teoría del movimiento de la tierra; y que si bien no había tratado públicamente esta opinión no cesó de inculcarla á sus discípulos y amigos. Mientras no pasó de ser una hipótesis, la corte romana creyó inútil mostrarse parte en ella; y aunque profesaba la doctrina contraria en general, se concedió al cardenal De Cusa que sostuviese el movimiento de la tierra, y á Copérnico publicase su teoría en una obra dedicada al papa.

Ya en su residencia en Pádua había tenido que sostener conflictos con los profesores de aquella universidad y con los jesuitas. Aunque muchos del clero hubieran combatido las doctrinas de Galileo, estos ataques fueron aislados, y sus descubrimientos fueron confirmados por los astrónomos de la misma sociedad de Jesús. Roma no podía aprobar tales novedades; sin embargo, dudaba si tomar ó no parte en una cuestión, que parecía puramente matemática; pero pronto fué arrastrada por los clamores de los partidarios de la antigua filosofía, que eran al mismo tiempo los hombres más feroces en las opiniones cristianas y los más firmes sostenedores de la Iglesia. Es verdad que el padre Foscarini, el padre Castelli y monseñor Ciampoli tomaron la defensa de Galileo, pero el padre Caccini predicó públicamente en Florencia contra el grande astrónomo. Galileo creyó deber contestar á sus adversarios; y pretendía que hasta entonces se habían interpretado mal las Sagradas Escrituras y demostraba con mucha habilidad que, explicando literalmente el pasaje de Josué, el día se había acortado más bien que alargado. Estas disputas teológicas no hicieron más que irritar á sus adversarios, y temiendo Galileo ser condenado, se dirigió á Roma con una carta de recomendación del gran duque.

A su llegada encontró las cosas más embrolladas de lo que había imaginado; los cardenales que se habían mostrado protectores suyos, acabaron por abandonarle uno tras otro. Sostenido por el príncipe Cesi, presidente de la Academia de los Linceos, y ayudado del raciocinio y de la experiencia, procuraba demostrar la verdad del sistema copernicano; pero su insistencia impetuosa y el exagerado celo por el triunfo de la verdad le perjudicaron. El cardenal Orsini, único que se atrevió á levantar la voz ante el pontífice para defender este sistema, fué recibido con frialdad y se llegó hasta imponerle silencio. Finalmente el 5 de marzo de 1616 la Congregación del Índice prohibió el libro de Copérnico, hasta tanto que fuese corregido el escrito del padre Foscarini en favor de Galileo, y en general todas las obras que sostuviesen el movimiento de la tierra.

Galileo no había publicado ningún trabajo sobre esto; por lo que el decreto no podía comprenderle; sin embargo, se divulgó que debía retractarse y pagar una multa. En contestación á tales vociferaciones se consiguió que el cardenal Belarmino expidiese un certificado manifestando que ninguna condena había recaído contra Galileo; pero se le notificó la decisión del papa, emitida por la Congregación del Índice, que declaraba contraria á la Sagrada Escritura la opinión del movimiento de la tierra, quedando por lo tanto prohibido sostenerla. Galileo, que persistió después de la sentencia dada contra Copérnico, habitando en Roma y sosteniendo el movimiento de la tierra con el ardor de la verdad, habría pagado quizá muy cara su insistencia, si el gran duque para librarle del peligro no lo hubiese llamado á Toscana.

La sentencia de la Inquisición y el odio de que era objeto le afirmaron en su idea de no publicar sus inventos, limitándose á comunicarlas á sus amigos por medio de cartas, que no tardaban en copiarse y circular en toda Europa. A la aparición de tres cometas en 1618 su amigo Mario Guiducci, cónsul de la academia de Florencia publicó según sus ideas una disertación sobre los cometas, en la cual se criticaba al padre Grassi, jesuita. Grassi respondió, y trató de buscar al maestro detrás del discípulo. Entonces Galileo escribió el *Saggiatore* (Ensayador) que se imprimió en Roma á costa de la academia de los Linceos. Grassi irritado contestó con acrimonia y procuró vengarse suscitándole otros enemigos.

El *Saggiatore* no es un libro dogmático, sino un escrito de polémica redactado con inimitable talento, en el cual Galileo se muestra profundo pensador, gran escritor y hombre de ingenio. Está lleno de observaciones físicas de alta importancia, y contiene doctrinas filosóficas que se atribuyeron después á Descartes; baste citar aquel principio tan célebre de la escuela cartesiana, de que las cualidades sensibles no existen en los cuerpos sino en nosotros.

Cuando Barberini fué elegido papa con el nombre de Clemente VIII, Galileo, su amigo, se dirigió á Roma para felicitarle, recibiendo del nuevo pontífice buena acogida, regalos y la promesa de una pensión para su hijo. Después de su vuelta de Florencia, el gran duque le remitió un breve del papa en el cual hacia grandes elogios de su saber y piedad.

En Florencia se dedicó principalmente á concluir su obra, en la cual queria exponer sus ideas sobre el movimiento de la Tierra. A fin de mantener al papa en sus buenas disposiciones, y atraerse á los cardenales, hizo otros dos viajes á Roma en 1628 y 1630: en el primero presento á la censura el manuscrito de su *Diálogo sobre los dos grandes sistemas del mundo*, título de la obra que tenia acabada entonces. Esta obra fué aprobada y su impresion autorizada, saliendo á luz en Florencia en 1632. Este Diálogo contiene, además del exámen de los dos sistemas astronómicos de Copérnico y Tolomeo, las bases de la dinámica; trata tambien por incidencia de una porcion de fenómenos que Galileo habia observado por primera vez.

Aquí comienzan las persecuciones de que hemos hablado. Concluiremos con pocas palabras. Galileo es uno de los talentos más vastos y sublimes que han existido. Gran astrónomo y geómetra, creador de la verdadera física y de la mecánica, reformador de la filosofía natural, fué al mismo tiempo uno de los más insignes escritores de Italia, y obligó á sus émulo á convenir en que se puede ser á un tiempo geómetra y hombre de imaginacion. Poeta festivo y autor cómico lleno de chiste y de númen, compuso, como Torricelli, algunas comedias que ha sido lástima no se hayan publicado; se distinguió en la teoría y la práctica de la música, como tambien en el arte del dibujo, fué el modelo y el príncipe de los doctos del siglo xvii, de Torricelli, de Viviani, Redi, Magalotti, Rucelai y Marchetti, que después de él hicieron marchar de frente las ciencias y las letras.

(D) PÁG. 256.

DESCUBRIMIENTO DE LA CIRCULACION DE LA SANGRE.

Se atribuye á Fabricio de Acquapendente, profesor en Padua, el descubrimiento de las válvulas de las venas. En efecto, aunque haya algunas descritas hasta por Berenguer, y se hayan hecho otras observaciones por Silvio, Vesalio y otros anatómicos, el mismo Falopio hace retroceder la ciencia en este punto negando su existencia; y nadie habia generalizado el descubrimiento antes de que Fabricio lo hiciese en sus lecciones públicas en 1574, después en su tratado *De venarum ostioris*, que salió á luz en 1603. Este descubrimiento se atribuyó á fray Pablo Sarpi, como tambien el de Harvey; pero ambas suposiciones carecen de fundamento.

Segun Galeno y la opinion comun de los anatómicos, formada de sus escritos, la sangre arterial corre desde el corazon á las estremidades y vuelve por los mismos conductos, al paso que la sangre venosa se dirige del mismo modo al hígado, de donde es igualmente rechazada.

El descubrimiento atribuido á Harvey consiste en que las arterias se comunican con las venas, y que toda la sangre vuelve al corazon por estos últimos vasos. Además de esta circulacion general ó *sistemática*, se produce otra, llamada pulmonar, en la cual la sangre se trasmite por ciertas arterias á través de los pulmones, pasando por las venas correspondientes, antes de ir al sistema sanguíneo general; de manera que recorre dos series de vasos ramificados, de los cuales cada uno parte del corazon y vuelve á él; pero no del mismo lado. El lado izquierdo de este órgano, que por la cavidad llamada *ventrículo* dirige la sangre arterial á la aorta, y la recibe de las venas pulmonares, por otra cavidad llamada *aurícula*, que atraviesa los pulmones, está separado por una membrana sólida del lado izquierdo, que, por una cavidad semejante, recibe la sangre de todas las venas, excepto la de los pulmones, y desemboca en la arteria pulmonar. No es, pues, exacto decir la *circulacion pulmonar*, pues no existe en todo el cuerpo más que una circulacion.

La obra de Servet, *Christianismi restitutio*, escitó la atencion del mundo literario; no sólo por la desgraciada suerte que produjo á su autor y por su estremada rareza, sino por un pasaje notable en el cual pretendió que habia descrito la circulacion de la sangre. Resulta de ello, sin duda alguna, que Servet conocia la circulacion pulmonar y la oxidacion de la sangre en los pulmones; pero algunos anatómicos creyeron que no habia comprendido la vuelta de la sangre por las venas á la aurícula derecha del corazon.

La opinion general es que Servet no conoció más que la circulacion pulmonar; á lo cual circunscribió Portal todo su descubrimiento, y Sprengel está persuadido de que no adelantó más. Todo lo que en Servet se refiere á la circulacion, puede reasumirse de esta manera: 1.º el corazon trasmite por la via de las arterias y de la sangre que éstas contienen un principio vivificante á las venas anastomóseas; 2.º este principio vivo vivifica el hígado y el sistema venoso en general; 3.º el hígado produce tambien la sangre y la trasmite por medio de las venas á la cavidad del corazon, para obte-

ner el principio vital con ayuda de la pequeña circulacion, que Servet parece comprender perfectamente.

Si se entiende de esta manera este pasaje, todo el movimiento de la sangre en cuestion es que, partiendo del hígado, se dirige al corazon por la vena cava y por el de la pequeña circulacion. Parece que Servet estuvo á punto de describir la circulacion; pero sus ideas sobre el *espíritu vital* desviaron su atencion del gran movimiento de la misma sangre, descubierto por Harvey. Es claro que la cantidad de sangre enviada al corazon por la elaboracion del espíritu vital, no es, segun Servet, sino la que produce el hígado y va por la cava inferior. Pero éste representa la sangre, que introduce de esta manera, como ejecutando regularmente su circulacion por los pulmones. Parece singular, que sabiendo Servet que la membrana del corazon, *paries ille medius*, como la llama, habia sido confirmada por Vesalio (aunque la mayor parte de los anatómicos se sujetaron aun mucho tiempo á la perforacion de Galeno), y debiendo suponer, en su consecuencia, que habia algun otro medio para pasar la sangre de la parte izquierda del corazon al lado derecho, no haya comprendido la necesidad de un sistema de vasos para mantener esta comunicacion.

Realdo Colombo, de Cremona, conoció sin duda la circulacion pulmonar; y hablando de su descubrimiento, dice que nadie habia observado aun ó escrito este hecho. Es cierto que Colombo no conocia la circulacion *sistemática*, y no se comprende de qué manera distribuia la sangre.

Véase este notable pasaje de Colombo (*De re anatomica*, lib. VIII, pág. 177, edic. de 1559), que no encontramos ni en Portal ni en Sprengel: «Inter hos ventriculos septum adest, per quod fere omnes existimant sanguini à dextro ventriculo ad sinistrum aditum pateferi, id ut fieret facilius, in transitu ob vitalium spirituum generationem demum reddi: sed longa erant via; nam sanguis per arteriosam venam ad pulmonem fertur, ibique attenuatur, deinde cum aere una per arteriam venalem ad sinistrum cordis ventriculum deferitur; quod nemo hactenus aut animadvertit aut scriptum reliquit, licet maxime et ab omnibus animadvertendum.» Hace enseguida una advertencia que no se ha escapado á Servet, á saber: que la arteria pulmonar tiene un volúmen más considerable del que es necesario para alimentar á los pulmones. Aunque aspira á la primacia, tal vez tendria algun conocimiento del pasaje de Servet; y la coincidencia en lo concerniente á la funcion de los pulmones por la oxidacion de la sangre es menos singular. Pero si Colombo conoció el *Christianismi restitutio*, no creyó conveniente adoptar el importante descubrimiento de que no existe perforacion en la membrana del corazon.

Cesalpino, cuyo espíritu movable no dejaba en olvido ningun medio de pesquisas, ofrece en muchos de sus tratados relativos á materias todas diferentes, sobre todo en la que versa sobre las plantas (*De plantis*, 1583), algunos pasajes que más que los ya citados, se aproximan á la idea exacta de la circulacion general; lo que obligó á muchos escritores á darle la superioridad sobre Harvey.

Es cierto que el pasaje de las *Questiones peripateticæ*, de Cesalpino, se aproxima más á la verdad que todo lo que se puede encontrar en cualquiera escritor anterior á Harvey. «Idcirco pulmo per venam arteriis similem ex dextro cordis ventriculo fervidum hauriens sanguinem, eumque per anastomosim arteriæ venali reddens, quæ in sinistrum cordis ventriculum tendit, transmisio interim aere frigido per asperæ arteriæ canales, qui juxta arteriam venalem protenduntur, non talem osculis communicantes, ut putavit Galenus, solo tactu temperat. Huic sanguinis circulationi ex dextro cordis ventriculo per pulmones in sinistrum ejusdem ventriculum optime responderet ea quæ ex dispositione apparent. Nam duo sunt vasa in dextro ventriculo desinentia, duo etiam in sinistrum; duorum autem unum intromitti tantum, alterum educit, membranis ex ingenio constitutis. Vas igitur intromittens vena est magna quidem in dextro, quæ cava appellatur; parva autem in sinistro ex pulmone introductens, cujus unica est tunica, ut cæterarum venarum. Vas autem elucens arteria est, magna quidem in sinistro, quæ aorta appellatur, parva autem in dextro, ad pulmones derivans, cujus similiter duæ sunt tunicæ, ut cæteris arteriis (*De plantis*, c. 11). Nam in animalibus videmus alimentum per venas duci ad cor tamquam ad officinam caloris insiti, et adepta inibi ultima perfectione, per arterias in universum corpus distribui, agente spiritu, qui ex eodem alimento in corde gignitur.»

Es evidente que varios anatómicos del siglo xvi, estuvieron á punto de descubrir enteramente la ley que regula los movimientos de la sangre; y el lenguaje de uno de ellos es tan fuerte, que para evitar sus pretensiones, nos vemos obligados á recurrir á este hecho irresistible, que no ha proporcionado pruebas en apoyo de su doctrina, y que no la proclamó de modo que llamase la atencion. Cuando Harvey sentó la doctrina de una circulacion general, la anunció como una paradoja, y se imaginó que seria considerada como tal. Los que se esforzaban en disputarle el mérito de la originalidad, es verdad que buscaron en los antiguos escritos con la esperanza de encontrar el que se le hubiese anticipado otro, estendieron la noticia que habia robado los escritos de fray Pablo, pero no vemos que le hayan acusado como á algunos modernos de plagio con respecto á Levaseur y á Cesalpino.

Williams Harvey comenzó á enseñar la circulacion de la sangre en Londres en 1619; pero su *Exercitatio de motu cordis* no se publicó hasta 1628. Dícese que descubrió esta verdad reflexionando sobre la causa final de las válvulas que Fabricio de Acquapendente, su maestro, habia indicado en las venas; válvulas construidas para impedir que la sangre no refluya á las estremidades. El mismo

Fabricio parece no haberse ocupado de esta estructura, y no tenia ciertamente ninguna idea de la circulacion, cuando supone que las válvulas sirven para impedir que la sangre corra como un rio hácia los piés y las manos, y se acumule en una sola parte. Harvey confirma esta feliz conjetura, por inducciones sacadas de una gran série de esperiencias sobre los efectos de las ligaduras, como tambien sobre el movimiento de la sangre en los animales.

Portal hace un cargo á Harvey de no haber dicho nada de Servet, de Colombo, de Leveseur y de Cesalpino, que sin embargo le habian precedido en el mismo camino. Puede contestarse que nadie podia suponer razonablemente que Harvey tuvo conocimiento del pasaje de Servet: con respecto á Cesalpino, es una injusticia. ó al menos una ignorancia ú olvido de la célebre *Exercitatio*, de Harvey. Hace en efecto observar en el prefacio, que hasta entonces casi todos los anatómicos habian supuesto con Galeno, que el mecanismo del pulso era el mismo que el de la respiracion; pero tres veces exceptúa á Colombo, el cual refiere de la manera más exacta la teoria de la circulacion pulmonar: *Pæne omnes hucusque anatomici, medici et philosophi, supponunt cum Galeno eundem usum esse pulsus, quam respirationis*. Al mismo tiempo, reclamando como suya la doctrina de la circulacion general de la sangre, y presentándola como una paradoja que debe admirar al mundo entero, atribuye la doctrina de la trasmision de la sangre por los pulmones á Colombo, *peritissimo anatomico*, y hace notar en el prefacio *quomodo probabile est (uti notavit Rualdus Cotumbus) tanto sanguine opus esse ad nutritionem pulmonum, cum hoc vos, vena videlicet arteriosa (hoc est, uti tum loquebantur, arteria pulmonalis), ex superet magnitudine utrumque ramum distributionis venæ cavæ descendens* (P. 16). Ciertamente, Harvey no dice nada de Cesalpino: sin embargo, la difusion de los escritos de éste y más aun el coitejo de los pasajes, hecho por Rienzi, prueban que le conocia.

Asombra seguramente que Servet, Colombo ó Cesalpino no hayan visto más distintamente las consecuencias del hecho sentado por ellos, porque es difícil concebir la pequeña circulacion sin la grande; pero no se puede alegar su defecto de perspicacia, para ponerle en parangon con la sagacidad más firme de Harvey. Este defecto se explica, si se nota que la verdad que habian descubierto no era para ellos una simple conjetura, sino que descansaba en pruebas insuficientes: como lo conocian vacilaba su talento, y les impedía deducir consecuencias que en el día parecen irrefragables. En todos los ramos de la filosofía, las indagaciones de los primeros investigadores se han encontrado detenidas por motivos semejantes.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

Luis XIV.—Galicanos y Jansenistas.—Siglo de oro de la literatura francesa ó inglesa.—Revolucion de la Inglaterra.—Guerra de Sucesion en España.—Decadencia de los Turcos y engrandecimiento de la Rusia.—Desdichas de Italia.—Progresos de las ciencias positivas.

CAPÍTULO PRIMERO

OJEADA GENERAL.

La guerra de los Treinta Años puede considerarse como una guerra civil europea, de la cual nació un nuevo sistema de política y de derecho internacional. En vez de salir triunfante de ella el partido católico, vió elevarse al lado de su culto otro culto diferente, debilitadas las dos potestades que habian constituido su principal apoyo, y reducida la supremacia pontificia bajo el aspecto temporal, á no ser casi más que un tema debatible entre doctores. Tanto en la ciencia como en la política, las ideas materiales sustituan á las opiniones religiosas. Sin embargo, todavía no se habian sosegado los ánimos lo suficiente para admitir la tolerancia, y veremos surgir nuevamente persecuciones y correr la sangre en nombre de la religion entre los católicos y protestantes, porque siempre tiene que ejercitar grandes venganzas el partido que ha experimentado grandes temores.

La paz de Westfalia impidió al Austria, cuya desmedida ambicion habia comprometido la independencia europea, y suscitado una reaccion enérgica, reunir en la fe católica á toda la Alemania por la creacion de la Prusia en oposicion al poder austriaco. Quitóle tambien con la Alsacia la facultad de tener bajo su férula á los príncipes de Lorena y á los demás señores que tenían á las orillas del Rin sus castillos, reconociendo como repúblicas dos de sus antiguas dependencias y disputándole la supremacia en Alemania. Entonces no le quedó más arbitrio que avasallar á sus propios súbditos y engrandecer su familia.

Mientras esta paz consolidaba la unidad nacional de los demás países, permanecía fraccionada la de Alemania en soberanias particulares: el poder monárquico sucumbia en presencia de los grandes vasallos, que haciéndose independientes, se entendian entre sí para oprimir á sus súbditos. La organizacion dada al Imperio ofrecia en miniatura el modelo de un nuevo derecho político: con efecto, habian sido definidos y asegurados los deberes de cada príncipe, organizada la dieta, embrion de las representaciones nacionales; se determinaron é hicieron estables las relaciones de cada Estado con los demás y con sus propios miembros; se garantizó la supremacia territorial á cada soberano; fueron sometidos los eclesiásticos al poder político; se vedaron al emperador las proscripciones arbitrarias; se reconoció en derecho y de hecho la libertad de conciencia; se autorizó el ejercicio público del culto á los que ya lo tenían, y el ejercicio particular para todos. Hubo igualdad civil entre las diversas comuniones. La libertad política no fué ya un privilegio, sino un principio; quedó asegurada la propiedad privada por la amnistia: dieron testimonio de la propiedad política indemnizaciones y restituciones; por último, en caso de contravencion, cada Estado pudo contraer alianzas recíprocamente obligatorias.

Tales eran las disposiciones concertadas; pero este complicado mecanismo embarazaba la marcha de una nacion ya poco deseosa de movimiento; y si interesaba á los pequeños Estados que el empe-